Me encontraba en un viaje de vacaciones mientras Tails se quedaba en su taller, en este me encontré una planta muy bella. “La planta del amor” me dijo el guía “cuando se la regalas a tu persona especial ocurre la magia” le pregunté si me podía llevar una, me dijo que las vendían en cualquier florería. Luego del recorrido fui a la florería más cercana a buscar una. Entre ramos comunes y macetas sin gracia, la vi: pequeña, de hojas en forma de corazón y un brillo suave, casi imperceptible, como si respirara. No era llamativa, pero algo en ella me hizo pensar en Tails de inmediato. En cómo se le iluminan los ojos cuando arma algo nuevo, en la paciencia con la que me espera horas en su taller.

—Esa es la planta del amor —me dijo la florista, acomodándola con cuidado—. No florece para cualquiera.

La compré sin dudar. Durante el resto del viaje la cuidé como si fuera frágil de verdad: la regaba poco, la protegía del sol fuerte, y a veces hasta le hablaba, aunque me daba vergüenza admitirlo. Cada noche pensaba en el momento de volver, en su cara cuando se la entregara.

Al regresar, fui directo al taller. El ruido de herramientas y motores llenaba el aire. Tails estaba inclinado sobre una mesa, concentrado, con las orejas moviéndose apenas.

—Volviste —dijo al verme, sonriendo—. ¿Cómo estuvo el viaje?

No respondí enseguida. Saqué la maceta con cuidado y se la extendí.

—Te traje algo.

Tails parpadeó, sorprendido. Cuando tomó la planta, las hojas temblaron levemente y una pequeña flor comenzó a abrirse, despacio, como si hubiera estado esperando ese instante.
El taller quedó en silencio.
Tails me miró, luego a la planta, y otra vez a mí, con las mejillas apenas sonrojadas.

—Gracias Sonic.

— De nada amigo

Al principio, Tails la colocó en un estante alto del taller, donde entraba la luz justa. Le hablaba mientras trabajaba, convencido de que eso también contaba como cuidado. Pero los días se volvieron semanas, y los encargos no paraban: motores que ajustar, inventos que reparar, planos acumulándose sobre la mesa.

Sin darse cuenta, dejó de regarla.

Sonic fue el primero en notarlo. Una tarde, mientras esperaba a Tails sentado en el suelo del taller, levantó la vista y vio las hojas caídas, opacas, sin ese brillo suave que había tenido al llegar.
Se acercó despacio.

—Ey… —murmuró, tocando una hoja marchita con cuidado—. ¿Qué te pasó?

La planta no respondió, claro, pero Sonic sintió un nudo en el pecho. Esa flor había sido un regalo, una promesa silenciosa. Se quedó ahí, en silencio, hasta que Tails salió de atrás de una pila de herramientas.

—¿Sonic? ¿Todo bien?

Sonic levantó la maceta y se la mostró. No dijo nada, pero sus ojos lo decían todo.
Tails abrió grande los suyos.

—No… no puede ser —susurró, dejando caer las herramientas—. Yo… yo pensé que…

Se acercó, examinó la tierra seca, las hojas débiles. Las orejas se le bajaron de golpe.

—Lo siento —dijo, con la voz temblorosa—. Me dejé llevar por el trabajo. No quise descuidar algo tan importante.

Sonic respiró hondo.

—No me importa la planta —mintió un poco—. Me importa que no te olvides de nosotros.

Eso terminó de quebrarlo. El vulpino tomó la regadera, le puso agua con extremo cuidado y movió la maceta a un lugar mejor. Pero esta vez no se fue enseguida. Se sentó al lado, limpiando las hojas una por una, hablándole en voz baja.

Desde ese día, hizo un cambio. Programó alarmas, cerró el taller más temprano, y cada mañana y cada noche se tomaba unos minutos para la planta… y para Sonic. A veces trabajaban juntos en silencio, otras solo se quedaban ahí, acompañándose.
Con el tiempo, una hoja nueva asomó, verde y firme.

Sonic sonrió.

—¿Ves? —dijo—. Solo necesitaba un poco de atención.

Tails apoyó la frente en su hombro.

—Como todo lo que realmente importa.

Sonic se quedó mirando la planta un rato largo. La hoja nueva brillaba suave bajo la luz del taller. Tails estaba a su lado, en silencio, regándola con cuidado.

Tails tragó saliva, con las orejas temblándole un poco.

—Sonic… —dijo al fin—. Yo siempre pensé que demostrar lo que siento era hacer cosas: inventar, ayudar, arreglarlo todo. Y me olvidé de lo más importante. —Apretó suavemente la maceta entre las manos.—Cuando descuidé la planta, me di cuenta de que también te estaba descuidando a vos. Y eso me dolió más que cualquier error. — Se acercó un poco más.—Te amo—dijo, sin rodeos—. No por lo rápido que sos ni por lo fuerte, sino porque me

elegís incluso cuando me equivoco. Porque te quedás. Y esta vez… no quiero olvidarme de eso nunca más.

La planta, como si entendiera, abrió un pequeño brote nuevo entre las hojas.

Sonic sonrió, y sin decir nada, apoyó su frente contra la de Tails y le dio un suave beso. Un beso cálido y significativo.